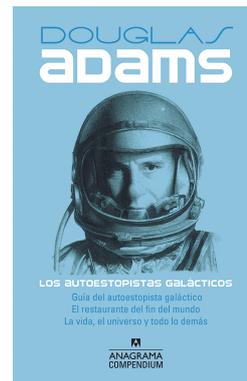


Aeronáutica friki

Anagrama reedita la “trilogía en cinco volúmenes” de Douglas Adams, una peculiar mezcla de humor y ciencia ficción que ha devenido en obra de culto



La *Guía del autoestopista galáctico* es una de esas curiosidades que uno debe conocer al menos de oídas, una insólita gamberrada que con el tiempo se ha convertido en un hito de la vastísima y heterogénea ciencia ficción anglosajona. La saga, “una trilogía en cinco volúmenes”, como la definió su autor, es una de las primeras aproximaciones a ese género desde un prisma humorístico. Se estrenó como serial radiofónico hace ahora cuarenta años y su responsable, Douglas Adams, que ya había trabajado como guionista de *Doctor Who*, enseguida vio la posibilidad de adaptar ese material. La novela y sus continuaciones acabaron vendiendo millones de ejemplares, hubo adaptaciones televisivas (BBC, 1981) y cinematográficas (Pixar, 2005) y aunque, si bien no alcanzó la repercusión de *Star Wars* o *Star Trek*, contemporáneas a las que de algún modo parodia, ha acabado convirtiéndose en referencia de culto. Resulta indispensable, por ejemplo, para entender algunos chistes de *Big Bang Theory*. Hay hasta un videojuego. Anagrama reúne ahora en un solo volumen las tres primeras entregas, las canónicas, que ya figuraban en su catálogo y que, por lo visto, siguen vendiéndose bien. Incluye entrevistas con los responsables de la adaptación al cine, voces supuestamente autorizadas para opinar acerca del descaharrante multiverso ideado por Adams.

El protagonista de este sainete cósmico es Arthur Dent, un perfecto panoli, antihéroe flacucho y desgarrado que aparece en escena en alboroz y, atención, detalle importante, con una toalla al cuello. Arthur despierta un jueves (a la hora de comer y con resaca) de manera agitada. Mientras intenta recomponerse, de camino a la ducha, se asoma a la ventana y cree distinguir un equipo de operarios manejando sendas excavadoras con las que se disponen a tirarle la casa abajo. Tienen órdenes de demolerla, en su lugar se proyecta construir una vía de circunvalación. Los planos llevan meses expuestos en “una estancia sin luz, en el sótano del ayuntamiento, al fondo de un archivador cerrado con llave y colocado en un lavabo en desuso en cuya puerta hay un letrero que dice: cuidado con el leopardo”.

Los problemas de Arthur son por supuesto insignificantes si tenemos en cuenta lo que sucede a continuación, ni más ni menos que el Apocalipsis, la total y completa desintegración de la Tierra. Empezando por su propio jardín. Una flota extraterrestre, vogona para más señas, aparece en el cielo ejerciendo su derecho a exterminarnos. En un principio, Arthur se molesta un poco. ¿El fin del mundo, entre



Douglas Adams (1952-2001) colaboró con los Monty Python y practicaba un humor similar



El protagonista de esta historia es Arthur Dent



“Un disparate a escala planetaria: humor surrealista y cientifismo chusco”

semana y sin avisar? Después, relativiza. En realidad, los vogones no son malvados ni crueles ni hostiles, son algo mucho peor, los burócratas que rigen la galaxia. También ellos ofrecen sus razones: el proyecto lleva milenios expuesto “en el departamento de planificación local del sistema Alfa Centauro”.

Pocas novelas empiezan con una lección de perspectiva a semejante escala. Por suerte para

Arthur, su mejor amigo resulta ser un alienígena en excedencia que por casualidad improvisa una manera de escapar en el último momento. Así, como sin mucho entusiasmo, comienza la odisea espacio temporal de Arthur, a quien lo que más parece preocuparle es la distancia con respecto al pub más cercano. Un rocamboloso deambular por la galaxia de travesura en travesura, como quien hace novillos. Algunos de sus imposibles compañeros son un robot maníaco depresivo, un extraterrestre bicéfalo paradójicamente descerebrado y una atractiva mujer con la que Arthur coincidió en una fiesta. Descubriremos que el infinito no es tan grande si lo miras desde arriba, que la humanidad es una construcción artificial, un experimento conductista en el que los humanos somos las cobayas, que lo más parecido a Dios es un ordenador capaz de responder a la pregunta trascendental acerca de “la vida, el universo y todo lo demás”. Y que la respuesta a esa pregunta es cuarenta y dos.

Tras varias escalas en algunos

de los puntos de interés reseñados por la Guía, por ejemplo el restaurante instalado en un bucle temporal que permite a sus comensales revivir cada noche la misma única y eterna velada, no podemos evitar la sensación de que a ratos Adams se regodea en su condición de serie B. Todo está salpicado de un cientifismo chusco, caricaturesco, pero a la vez complejo, profundo, sofisticado. Douglas Adams fue sin duda un escritor y guionista dotado para la comedia. Humor del sentido, absurdo, surrealista, basado en el ‘wit’ y el ‘play on words’, en la línea de los Monty Python, con quienes colaboró en alguna ocasión. Demuestra un enorme talento para la elección del adjetivo más sorprendente, para la comparación más estrafalaria. Adams no necesita pirotecnia, ni efectos especiales ni naves en llamas más allá de Orión. Prefiere el ingenio y un espíritu desinhibido, moderadamente iconoclasta.

Por muy galácticas y disparatadas que sean, en sus historias hay algo profundamente doméstico, casi costumbrista. A través del humor expone la naturaleza humana, o alienígena, de sus personajes. Y generalmente conchucue que esa naturaleza es, en esencia, repugnante. La comicidad se mantiene en un nivel más o menos aceptable durante las casi seiscientas páginas de lo que tan solo es la primera parte de la Guía (hay un par de continuaciones y hasta un texto apócrifo pero más o menos aceptado como epílogo definitivo). Adams acierta también en la elección de un tono desenfadado, alejado de cualquier solemnidad. Esa es, precisamente, una de las principales virtudes de esta paranoia lísergica con toques existencialistas y estética ‘new age’, que no se toma demasiado en serio a sí misma.



“Antes de vender millones de ejemplares se estrenó como serial radiofónico”

Feliz Día de la Toalla

El 25 de mayo de 1971 se estrenó la primera entrega de la saga *Star Wars*. Mucho tiempo después un bloguero español decidió utilizar esa efeméride para celebrar el ‘Día del Orgullo Frikí’. Pero desde 2001 los amantes de la ciencia ficción ya tenían ese día marcado en el calendario por otro motivo. Es el ‘Día de la Toalla’, en el que se conmemora al autor de la *Guía de autoestopista galáctico*. Como todas las tontunas, ha prosperado y parece que existe una amplia comunidad de admiradores que sale a la calle ataviada con ese complemento. Se promueve incluso desde distintos organismos. El Planetario de Viena, por ejemplo, permite la entrada gratis a quien se

presente, ese día, ataviado al estilo Arthur Dent.

¿Y por qué precisamente una toalla?, se estarán preguntando. Tendrán que echarle un vistazo al libro. Por el momento, baste decir que Douglas Adams compuso una verdadera oda a esta humilde prenda, el objeto de mayor utilidad de un autoestopista galáctico pueda poseer: “Cualquier hombre que haga autoestop a lo largo y ancho de la Galaxia, pasando calamidades, divirtiéndose en los barrios bajos, luchando contra adversidades tremendas, saliendo sano y salvo de todo ello, y sabiendo todavía dónde está su toalla, es sin duda un hombre a tener en cuenta”.